

INTRODUCCIÓN

«Porque si uno cae, el otro lo levanta.

*¡Ay del solo! Cuando cae,
no tiene quien lo levante».*

Eclesiastés, IV, 10

El pico que acabábamos de coronar no tenía nombre. El mapa tan sólo indicaba su altitud -4.160 metros— y nunca nadie había puesto los pies en su cumbre; nos encontrábamos en la Antártida, ese inmenso continente helado exento de toda vida humana.

La foto, destinada a engrosar nuestra colección de recuerdos y eventualmente a los medios de comunicación interesados en hablar de nuestro periplo por los montes Ellsworth, debía estar especialmente lograda para situar bien la primera que acabábamos de realizar. En efecto, habría sido una pena tomar esta instantánea en cualquier lugar. La pose adoptada para la ocasión no parecía mala, pero mi busto ocultaba las montañas que se alzaban a lo lejos. Debía descender ligeramente para perfeccionar esta toma de vistas.

Sin mirar detrás de mí, convencida de que la pendiente estaba formada por hielo homogéneo, di un paso atrás. En el momento de tomar apoyo mi pie no encontró la superficie esperada. Durante un corto instante de desequilibrio hice vigorosos aspavientos con los brazos. Vanos esfuerzos. Mi cuerpo perdió la vertical inexorablemente. Antes incluso de que mi espalda contactara con el hielo, grité a Erik Decamp, mi compañero: «¡La cuerda! ¡La cuerda! ¡Detén la cuerda!». Su mirada clavada en el objetivo. ¿Había visto la escena? Mi única esperanza reposaba en él;

detener la caída me resultaba ahora imposible, mi cuerpo había cogido demasiada velocidad. Entonces me acordé de que la cuerda tan sólo pasaba por los piolets que había plantado en la nieve dura sin demasiadas precauciones. También recordé que para tomar la foto Erik se había alejado unos tres metros de estos precarios anclajes. ¿Conseguiría detener la cuerda sin arrancarlo todo?

Mi cuerpo prosiguió su caída dando una gran voltereta. Tras caer de nuevo como una masa sobre la pendiente, volví a gritar: «¡La cuerda!». Mi pierna derecha parecía extrañamente blanda. Esperaba estar equivocada. Después volví a salir despedida violentamente por los aires.

Al tercer impacto, varios metros más abajo, mi mirada se clavó durante un corto instante en el oscuro y helado abismo. Fue entonces cuando me dije: «Si no puede frenarme, entonces esta vez se acabó». Esta tontería iba a costarme la vida. Peor aún, también arrastraría a Erik en este tobogán de la muerte.

Cuando más violentas y vertiginosas parecían mis volteretas, la cuerda detuvo brutalmente mi caída. Fue mi barbilla la que contactó en primer lugar con el hielo. Aliviada y contenta, aunque algo aturdida de que esta pesadilla se terminara por fin, necesité dos o tres segundos para distinguir el arriba del abajo. Luego, tras darme cuenta de que colgaba de la cuerda boca abajo coloqué brazos y piernas a la derecha esperando no haber sufrido demasiados daños, aunque me temía lo contrario: la sangre goteaba sobre el hielo. ¿De dónde salía? Me dolía todo el cuerpo, pero ninguna parte en concreto.

Con las manos temblorosas por la emoción, subí el bajo del pantalón de mi pierna derecha y descubrí con horror una fractura abierta. No podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Para desdramatizar la situación analicé –mi espíritu siempre tan prosaico– concreta y positivamente los daños: el hueso no sobresalía, el peso de la bota sumado al de los crampones había recolocado la pierna en su posición normal y la herida sangraba poco; por lo tanto la arteria no había sido dañada. Había tenido suerte. Justo en ese momento, Erik me preguntó:

—¿Estás bien?

—¡Fractura abierta! —le contesté.

Un gran «¡Mierda!» retumbó, seguido de un largo silencio. Era, en efecto, lo único que se podía decir.

No podía creer que tuviera la pierna fracturada. ¡No podía ser, era imposible, aquí no, en la Antártida, en un lugar tan apartado de cualquier posible rescate! ¿Cómo iba a arreglármelas para bajar? Una idea, la de la

última esperanza, me vino a la cabeza: si la fractura era transversal quizás podría tomar apoyo sobre la pierna. Para comprobarlo apoyé inmediatamente mi pie —calzado aún con los crampones— sobre la pendiente. Aprentando los dientes, lo intenté una vez, y luego otra. Imposible, el dolor era insoportable, demasiado intenso. Esta fractura era efectivamente zeal.

Si la situación no hubiera sido tan grave habría llorado de rabia. ¡Qué inconsciencia la mía! Pero el momento de los remordimientos duró poco; la pregunta de Erik me sacó de mi aturdimiento:

—¿Sangra mucho?

—No.

—¿Puedes subir hasta aquí?

Tenía razón, había que moverse. Tras hacerme a la idea le contesté que sí. En realidad no tenía elección. No podía quedarme ahí.

—¿Puedes alcanzar el tramo de la arista por donde salimos de la vía?

Esto me pareció algo más complicado. Habíamos subido por la vertiente opuesta a la del accidente y el punto que me indicaba se situaba unos treinta metros a su izquierda. Debía por lo tanto ascender en diagonal y hacia la izquierda esos veinticinco metros de pared helada y Erik no podría ayudarme. Un momento de reflexión me permitió visualizar la manera en que iba a hacerlo.

Arrastrándome por la pendiente, empuñando con mi mano izquierda el piolet que Erik me había pasado deslizándolo por la cuerda, y con la derecha agarrada a un autoblocante, conseguí subir a duras penas. En la primera tracción me di cuenta de que me dolía el hombro derecho. Descubrí un bulto que no era blando como el causado por un hematoma, sino duro: sobresalía un hueso. Durante un breve instante, aunque contenta de ver que aún podía usarlo (y en ese momento era lo esencial), este descubrimiento me fulminó interiormente: otra operación quirúrgica en perspectiva. No obstante, cuanto más subía menos me molestaba el hombro. Preocupada sobre todo por no caerme, plantando vigorosamente los piolets y las puntas delanteras de los crampones de mi pie izquierdo en el hielo, traccionaba furiosamente con mis brazos. No debía resbalar, pues en una travesía tan horizontal como ésta me exponía a sufrir un bonito péndulo de veinte metros... ¡Y en el estado en el que me encontraba!

Tras llegar finalmente a la altura de la arista cimera, me puse a caballo sobre la cresta y esperé a Erik, que aún sujetaba la cuerda treinta metros a mi derecha. Mientras esperaba su llegada traté de valorar la situación. Por muchas vueltas que le diera al problema no veía la manera

de salir de allí. ¡Si al menos hubiera sufrido este accidente en los Alpes! Habría esperado tranquilamente la llegada del helicóptero. Aquí el rescate no era factible. Es cierto que este continente estaba poblado, pero no había nadie a menos de quinientos kilómetros a la redonda. De todas formas no habíamos traído nuestra radio. Con un peso de al menos cinco kilos, se había quedado en el campamento base, y aunque hubiéramos conseguido contactar con los equipos de rescate, éstos no disponían de helicóptero. Me habría muerto de frío esperando a que llegaran hasta nosotros. Soplaban un suave viento glacial, eran las nueve de la noche y aunque en el polo sur el sol no se pone en diciembre, la temperatura ya empezaba a bajar. Esperar podría ocasionarme fatales consecuencias. Me decía a mí misma que sería estúpido morir allí.

Entonces pensé en Doug Scott, el famoso alpinista que se había fracturado los dos tobillos en las paredes del Ogro, en el Himalaya. No había muerto a consecuencia de ello. Pese al espantoso sufrimiento, había conseguido alcanzar el campamento base a cuatro patas. Sus fracturas no eran abiertas, pero estaba imposibilitado de las dos piernas. ¡Al menos a mí me quedaba una!

Erik llegó. Le pregunté inmediatamente:

—¿Qué hacemos?

—Bajamos.

—¿Bajamos? ¿Pero por dónde? ¿Cómo? —le contesté algo enloquecida. Pese al accidente de Doug, no me veía capaz de hacer ni un solo movimiento.

—Por la vía de ascenso. Es la única que conocemos.

Tenía razón, entretenerse aquí no serviría de nada. Nadie acudiría en nuestra ayuda. La determinación de Erik me ayudó a mostrarme más combativa. Inmediatamente eché un vistazo a la cara. La habíamos escalado a la sombra para no pasar demasiado calor y verla ahora soleada me levantó aún más la moral. El ambiente sería menos austero y aquel sol recalentaría mi cuerpo.

No obstante, aquella brizna de optimismo era frágil, pues el más mínimo movimiento me provocaba terribles dolores; el extremo inferior de mi pierna herida no era más que un peso muerto obedeciendo a las leyes de la gravedad. Para pasar al otro lado de la arista tuve que coger mi pie con ambas manos y colocarlo en su posición natural.

¿Sería capaz de soportar tanto sufrimiento después de once horas de escalada? Mi mayor temor era que si caía inconsciente Erik no podría bajarme.

—¿Crees que lo conseguiré? —le pregunté para tranquilizarme.

—¡Claro que sí! —me contestó con una sonrisa.

El pobre no debía tener muchas ganas de sonreír en aquel momento. ¡Qué culpable me sentía por haberle metido en este berenjenal! Había estropeado este maravilloso viaje a la Antártida.

En primer lugar Erik me quitó los crampones, pues éstos podían engancharse en los salientes. A continuación improvisamos una tablilla: dos piolets, uno a cada lado de la pierna, unidos por una cinta. Después fue soltando suavemente la cuerda para que pudiera descender por la pared. La primera sacudida me produjo unos dolores espantosos. Quitamos los piolets un metro más abajo. Este montaje era lo peor. Los mangos redondeados de los piolets y los cordinos no aportaban sujeción alguna y la presión que ejercían sobre mi pierna malherida me torturaba. En su lugar amarramos un jersey a la altura de la herida que, para proteger un poco el miembro herido, sujetaba por debajo de mi pierna sana. A continuación, de cara al vacío y apoyada sobre mi espalda, guiando a Erik con la voz para ajustar la velocidad, reiniciamos el descenso. El relieve era bastante accidentado y aunque mi pierna ya no estaba en contacto con la pared, el más mínimo golpe me seguía produciendo terribles dolores. Cada vez que esto ocurría me preguntaba si no acabaría desmayándome. Para sobrellevarlo me imponía un proceso de profundas inspiraciones-espiraciones que me ayudaban a relajarme y por lo tanto a soportar el dolor. Al cabo de una veintena de metros, aconsejada por Erik, traté de buscar un lugar para detenerme. Sólo teníamos una cuerda de cincuenta metros, con lo cual únicamente podíamos hacer descuelgues de veinticinco metros como mucho, ya que Erik debía bajar rapelando.

Pasando una cinta por un saliente rocoso y colocando un clavo, conseguí montar un sólido anclaje sobre el que asegurarme. De esta forma, Erik podría realizar sus maniobras de cuerda sin tener que preocuparse por mi seguridad.

Sola, colgada como una infeliz de esta primera reunión, me repetía una y otra vez la misma pregunta: «¿Seré capaz de aguantar?».

Se avecinaba un largo calvario. La pared tenía 1.600 metros de desnivel. Los dos tercios superiores, muy verticales y compuestos de roca y hielo, prometían ser realmente penosos, más aún considerando que para evitar un tramo desplomado había que hacer una diagonal. Y hacer diagonales supone exponerse a posibles péndulos...

El último tercio: un gran corredor de hielo. Una vez en este punto estaría casi salvada...

Trataba de dejar en blanco mi mente para dominar el dolor y controlar las oleadas de mareos que padecía; no debía pensar en nada. Sólo tenía que esperar a que volviera Erik, concentrada en mí misma, en mi respiración, en mi cuerpo, que trataba de relajar para ahorrar energía. Aquel estado de concentración era difícil de mantener y suplicaba interiormente a Erik que llegara cuanto antes. Temía flaquear.

A su regreso, a guisa de estimulante, Erik me metió dos caramelos en la boca. A continuación tiró la cuerda y volvimos a realizar la operación.

Los tres o cuatro primeros rápeles fueron los más duros. Después el dolor me resultó más soportable. ¿Me estaba acostumbrando a él tal vez? De todas formas no tenía otra alternativa. Resignada al sufrimiento, conseguí centrarme en otra cosa. Así me di cuenta de que ya casi no sentía mis extremidades. Pese al sol el aire era frío, la temperatura debía oscilar entre -20°C y -30°C. No me había dado cuenta, ya que al principio mi única prioridad era no desmayarme. Además era absurdo dejar que se me congelaran las extremidades. Si bien me costaba un tremendo esfuerzo recalentarlas, en cada reunión me obligaba a mover sin descanso los dedos de los pies y de las manos.

Cada uno con su tarea, proseguíamos nuestro descenso a un ritmo regular. Nos conocíamos lo suficiente como para entendernos sin necesidad de hablar demasiado. Una mirada, una palabra, eran suficientes. De vez en cuando –cada dos horas más o menos–, cuando notaba que iba a perder el conocimiento le avisaba. Rápidamente venía a darme golpecitos en la cara, me llenaba la boca de caramelos y después ambos volvíamos a centrarnos en nuestro cometido: Erik se encargaba de la seguridad y de las cuerdas; yo me ocupaba de mis dolores y de mi estado físico. Erik tenía mucho trabajo: las maniobras con las cuerdas no eran nada sencillas y a menudo para ahorrar cinta destrepaba la pared cuando los tramos lo permitían.

Tras ocho horas de descenso el sol desapareció dando paso a un frío espantoso. Las siguientes ocho horas me parecieron entonces interminables. Las esperas en las reuniones eran los momentos más agotadores. En posición estática, el cansancio, el frío y el dolor se intensificaban. Colgada de mis anclajes improvisados, tumbada sobre la pendiente, directamente sobre la nieve y el hielo, apoyada sobre la pierna sana para evitar que las cintas del arnés me cortaran demasiado la circulación, trataba de no tener en cuenta el tiempo que pasaba... Mi único objetivo era aguantar hasta llegar abajo. Esto me exigía un terrible y constante

esfuerzo de voluntad y los ejercicios respiratorios resultaron ser los más eficaces para mantener ese estado de vigilancia.

Durante las últimas horas del descenso mi principal preocupación era el pie izquierdo, sobre el cual me apoyaba constantemente. No sentía los dedos por mucho que los moviera. Me decía a mí misma: «Una pierna rota se arregla, pero un pie congelado se amputa...».

No, no quería... A partir de ese momento sólo tenía una idea en la cabeza: llegar abajo cuanto antes. En los últimos seiscientos metros del corredor de hielo y nieve, haciendo caso omiso del dolor, ya no le decía a Erik cuándo debía frenar la cuerda, dejé que él mismo ajustara la velocidad. A final de cuerda, al ver una señal suya (pulgar hacia abajo) plantaba mis piolets en la nieve con ambas manos, me tumbaba sobre ellos y le hacía una señal (pulgar hacia arriba); entonces él rapelaba, plantaba sus piolets y me descolgaba, así una y otra vez. Las maniobras se encadenaron rápida y perfectamente hasta que debido a la rutina y a mi ansia por llegar al tramo llano cometí un error: arranqué mi piolet de la nieve para inclinarme hacia atrás e iniciar el descuelgue sin dejar tiempo suficiente a Erik para que montara un sistema de anclajes sólido.

Todo quedó en un susto. Erik, pese al agotamiento, aún tenía buenos reflejos; echó su cuerpo sobre su piolet, clavado a medias, gritando: «¡Espera! ¡No estoy listo!». Frenada la caída, se giró entonces hacia mí, sonriente, y me dijo amablemente: «Cuidado». Ante mi lamentable estado no se atrevió a decir nada más. Tampoco necesitaba hacerlo. Ya me sentía bastante avergonzada de mi error. Por mi culpa había estado de nuevo a punto de enviarnos abajo a los dos. Era consciente del trabajo hecho por Erik. Le admiraba... Pese a la urgencia había sobrellevado el descenso con prudencia y eficacia, sin llegar nunca a poner nuestras vidas en peligro.

Más atentos tras este incidente, retomamos nuestro vía crucis. A pesar de todo, a medida que bajábamos sentía cómo las fuerzas me iban abandonando. En las últimas reuniones ese estado de debilidad apenas me permitía plantar diez centímetros de la hoja de mi piolet en la nieve, lo justo para no resbalar. El temor a arrancar ese frágil anclaje hacía que mi cuerpo, mi mente y mis ojos se centraran exclusivamente en esa punta metálica hundida en la nieve; casi no me atrevía a respirar mientras esperaba a que Erik llegara y colocara puntos de anclaje sólidos.

Los últimos cien metros eran menos empinados, por lo que Erik pudo por fin caminar de cara a la pendiente descolgándome a final de cuerda delante de él. Tan sólo tenía que dirigir mis piernas para evitar

que golpearan la nieve, pero inevitablemente se enganchaban en los salientes. Sin embargo, ya no me importaba el dolor: quería pisar terreno llano cuanto antes.

Tras llegar a la tan ansiada superficie horizontal de hielo, me quité inmediatamente la bota de mi pie izquierdo para masajearme el pie. Al descubrirlo me sentí aliviada: la punta era de color blanco y no negro como temía. Aunque el pie herido no sufría por el frío, le pedí a Erik que me quitara la otra bota. No es bueno tener el pie mojado dentro de la bota con un frío tan intenso. La operación no resultó nada sencilla. El plástico, rígido debido al hielo, era imposible de abrir. Para sacar mi pie con cuidado Erik tuvo que cortar el caparazón helado de la bota. Al darme cuenta de que esta operación me rompía el corazón –¡unas botas tan buenas!– comprendí que aún conservaba algo de nervio. A Erik no le dije ni pío, mi observación le habría parecido quizás fuera de lugar. A mí me parecía que el hecho de haber tenido un pensamiento de este tipo era más bien buena señal de cara al resto del descenso, sobre todo teniendo en cuenta que aún no estaba salvada: la tienda todavía estaba a una hora de marcha.

Mientras observaba a Erik diseccionar mi bota pensaba en cómo tendría que arrastrarme sobre el hielo para alcanzar nuestro campamento. Para mi gran decepción me anunció su intención de ir a buscar el trineo a la tienda. No rechisté, pero la idea no me alegraba demasiado. Iba a tener que esperar ahí, sola, a que volviese. Temblaba de frío, estaba agotada. ¿Sería aún capaz de aguantar dos horas? Y si perdiera el conocimiento, ¿llegaría Erik a tiempo antes de que me quedara dormida para siempre, entumecida por el frío? Resuelta a luchar para que algo así no sucediera, me quedé mirando cómo se alejaba a paso de carga. El pobre debía estar agotado. Estuve a punto de gritarle: «¡No, no corras, estaré bien!», pero no me quedaban fuerzas para hacerlo y si hubiera sido capaz no sé si habría tenido el coraje. En mi fuero interno le decía: «¡Sí, corre, vuelve enseguida!».

En cuanto estuvo fuera del posible alcance de mi voz, sentada en mitad de aquel desierto helado, las piernas estiradas ante mí, con un pie apuntando al cielo y el otro reposando extrañamente sobre su borde externo, me sentí como una chiquilla abandonada en mitad de una carretera. Sin sentir vergüenza, empecé a emitir un sonido continuo al tiempo que castañeteaba los dientes, al igual que lo hacía de pequeña tras bañarme en el Mar del Norte. Ese sonido me tranquilizó. Estaba viva.

¡Maldita sea, qué frío hacía! Todo mi cuerpo temblaba sin descanso. Era la una de la tarde. No podría contar con el sol hasta pasadas unas horas. Entonces pensé en lo que estábamos haciendo el día anterior a la misma hora: escalábamos, tan contentos de hacerlo a la sombra, aquel pico sin nombre. Qué lejos me parecía todo aquello... Hacía pues, veintisiete horas que habíamos salido. Aún debía aguantar dos largas horas más. Los temblores me agotaban, sentía que si dejaba que el frío siguiera zarandeándome de aquella forma no lograría sobrevivir. Entonces comencé a realizar profundos ejercicios de respiración aprovechando cada gran expiración para relajar mis músculos. El efecto fue inmediato: mi cuerpo se relajó y noté cómo el calor me invadía. Desgraciadamente, aquella agradable sensación no duró mucho tiempo; seguía teniendo frío. Entonces empecé a balancearme hacia delante y hacia atrás como hacen algunos enfermos mentales, a la vez que seguía con mis ejercicios. Al mismo tiempo frotaba mi pie helado, mis muslos, mis brazos... Alternar los movimientos meciéndome de esa manera me sentaba bien, pero me costaba enormemente mantener esa lucha permanente. Para conseguirlo debía pensar exclusivamente en lo que estaba haciendo: intentar entrar en calor. Así pasaron los segundos, los minutos y las horas durante esa interminable espera, con la totalidad de mi ser persiguiendo un único objetivo: aguantar, aguantar sin límite de tiempo. Estaba determinada a resistir al frío, al cansancio y al dolor. Erik podría tardar media hora más, eso no afectaría mi moral.

Finalmente llegó, disculpándose por haberse tomado unos minutos para calentar algo de café y recobrar energías. Lo esencial para mí era que estuviera aquí, sano y salvo, esto ponía punto y final a la pesadilla: una vez en la tienda nuestras únicas preocupaciones serían beber, comer, dormir, avisar a los de la base de Patriot Hills, los mismos que nos habían dejado en este lugar, y esperar tranquilamente a que el avión, un *Twin Otter*, viniera a recogernos. Desgraciadamente, las cosas no se desarrollaron exactamente así. Preparamos una buena cena, echamos una buena siesta y después Erik fue en busca de la radio, a dos horas de camino de donde nos encontrábamos. Regresó varias horas más tarde y me informó de que había intentado en vano contactar con la base a la hora acordada con ellos, a las 21:00 horas. Sin alarmarse, añadió:

—Volveremos a intentarlo mañana.

Curar mis heridas y evitar la infección se convirtió entonces en una prioridad. Lo más importante era la pierna. Dado que había perdido bastante carne y sangre durante este largo periplo, la herida era ahora

muy profunda y amplia. Erik la roció con productos desinfectantes, me colocó un apósito limpio, lo envolvió en un trozo de gomaespuma para tratar de mantener el pie en su posición natural y volvió a repetir la operación con mi codo. La piel arrancada formaba una herida de diez centímetros de largo por cinco de ancho. Pese a que ésta era casi más impresionante que la de la pierna, no me causaba sufrimiento alguno. En cuanto al hombro y al pie por desgracia no había nada que hacer. Después me hizo tomar antibióticos. No disponíamos de medicamentos contra el dolor, aunque no me los habría tomado de todas formas; quería permanecer alerta. A la espera del siguiente intento de contacto por radio empleamos el tiempo en alimentarnos y en dormir.

A media tarde se levantó viento y Erik comenzó a preocuparse. ¿Funcionaría la radio en caso de que nos sorprendiera una tormenta? Este aparato funcionaba gracias a una antena de quince metros de largo tendida entre dos esquís y ese hilo del que pendían nuestras vidas amenazaba con romperse en pleno temporal. Para gran alivio nuestro, sobre las 21:00 horas Erik consiguió contactar con la base de Patriot Hills. A diferencia del resto de las bases diseminadas por la Antártida ésta no es un laboratorio científico, sino una especie de pequeño aeropuerto creado por apasionados de la aviación, cuya función es transportar o aprovisionar a lo largo y ancho de este continente a «aventureros» y «exploradores» de todo tipo: excursionistas, turistas y alpinistas. Cuando escuché a Erik exponerles el problema y sobre todo informarles gracias al GPS de nuestra posición, me dije: «¡Salvados!». Ya podía romperse la antena, eso no impediría que el equipo de rescate viniera a buscarnos. En realidad, aún no estábamos realmente «salvados».

Sobre las diez de la noche el viento empezó a soplar con más fuerza impidiendo que se acercara ningún avión. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que si los elementos seguían descargando su furia sobre nosotros nuestra tienda no aguantaría por mucho tiempo. Erik salió de la tienda para intentar construir una barrera de nieve que protegiera nuestro frágil cobertizo. Consiguió levantar un pequeño muro de treinta centímetros alrededor de la tienda antes de volver a entrar, transido de frío, para informarme de que no sería suficiente si las condiciones empeoraban...

Dado el terrible estrépito producido por los azotes del viento contra la tela de nuestra tienda, no pudimos dormir. Tumbados boca arriba, con los ojos bien abiertos, acechábamos cualquier desfallecimiento de la estructura. De repente, al cabo de varias horas, apareció un punto lumi-

noso a la altura del arco de la tienda: la tela, desgastada por los continuos roces, era ahora traslúcida. Erik salió de nuevo. La violencia del viento le impedía mantenerse de pie, incluso de rodillas. Si bien en otras circunstancias el espectáculo de este hombretón sentado directamente sobre la nieve, tratando de reconstruir nuestro muro de protección habría resultado bastante gracioso, en aquel momento no tenía ningunas ganas de reírme.

Desalentado, regresó rápidamente a la tienda a la espera de que se calmara la tormenta. ¿Aguantaría nuestra tienda? Nuestra angustia alcanzó su paroxismo cuando seis horas más tarde el viento empezó a arreciar. Su violencia era tal que dos de las varillas acabaron doblándose formando afilados ángulos. Inevitablemente esas puntas desgastaron rápidamente la tela. Para evitar el agujero Erik colocó sus manos a la altura de las dobladuras, aguantando de esta forma la tienda durante horas, con los brazos en alto y zarandeado por las ráfagas de viento. Yo, sin quitar ojo al altímetro, no podía sino esperar a que pasara la tormenta. Entonces recordé la terrible espera a pie de pared. De nuevo lo único que podíamos hacer era dejar pasar el tiempo; pero se me hacía pesado, empezaba a perder la paciencia.

Veinticuatro horas más tarde los equipos de rescate pudieron aterrizar por fin y sacarnos de aquel infierno. Al ver las caras alucinadas de quienes nos recibían en Patriot Hills comprendí que me tomaban por una resucitada. Por fin en manos de un médico, me dejé llevar ayudada por la morfina que me suministró antes de intentar reducir la fractura.

Con la mente nublada por la droga y el rostro empapado en lágrimas por primera vez desde el accidente, comprendí lo que había percibido en las miradas y a través de los comentarios que había escuchado vagamente: «Es un milagro que haya sobrevivido», «...*She comes back from hell...*» («Regresa del infierno»). La historia tuvo un final feliz. En la actualidad, gracias a la intervención de un hábil cirujano de Punta Arenas, en Chile, ya no tengo secuelas del accidente.

¿Un milagro? No es así exactamente como veo las cosas. Por supuesto, jamás podremos entender realmente qué hace que uno encuentre los recursos suficientes para enfrentarse a una situación como ésta. Sin embargo, de lo que sí estoy segura es que jamás hubiera podido llegar hasta el final de este descenso sin la experiencia acumulada en montaña desde el día en que di mis primeros pasos sobre las rocas.